Por lo demás y en contestación a este *pueril comentario*, solo he de decirle que, si como dice, se encuentra dispuesto a contestar, va a tener materia, porque quedan aún muchas cosas que decir a su libelo, cosas que acaso puedan tener como epílogo, la publicación de alguna sustanciosa carta de no lejana fecha. El tiempo y las circunstancias decidirán.

El comentario siguiente, merece, lo que pudiéramos muy bien llamar comentario aparte. Primero para recordarle que, el discursillo aquel de Toledo, parte en serio y parte en broma, tuvo la suerte de ser premiado, entre otras cosas, con la amistad del Doctor Sánchis Banús. Y un discurso que merece como recompensa la amistad de este compañero,—a quien no llamo sabio maestro porque su reconocida modestia le indujo a rogarme no le adjudicase este calificativo,—y la repulsa e hilaridad del director de *Reforma Médica*, no necesita comentarios. Se comenta por sí solo. Como se comenta sola la apreciación que mis escritos merecen del citado director de la mencionada *Reforma*. Solo considerándolos propios de poceros u oriundos del cafetín del Manco, es como se explica que el gran D. Santiago me rogase alguna vez no dejase de escribir en su periódico. A tal señor tal honor.

Se lamenta también en este comentario de mi proceder, al decir que no recuerda haberme ofendido, y termina llamándome desagradecido, después de haber aludido en el intermedio al incidente con el Niño de la Palma en esta plaza de toros. Es cierto, particularmente no he recibido ofensa alguna de Santiago Torres, mejor dicho, tenía hasta ahora la errónea ciencia de no haberla recibido. Por eso le dispensaba mi estimación, sin perjuicio de considerar su actuación periodística altamente perjudicial para los intereses de la clase y aplicarle los calificativos que a mi juicio merece.

¿No se califica él mismo ahora, si quiera sea inconscientemente, al confesar, al cabo de los años, que cuantas frases de elogio me ha dirigido, desde su periódico y particularmente, eran *falsas e hipócritas* manifestaciones de afecto, puesto que no teniendo por entonces de mí motivo alguno de molestia, correspondía a la noble y sincera amistad que yo le dispensaba y le he seguido dispensando, confiado en la nobleza de la suya, en la forma innoble, incorrecta, ineducada

e impropia de personas decentes que ahora, en un momento de arrebató, confiesa en letras de molde que lo hacía? ¿Pueden creerse a sí mismo caballero, ni entre caballeros catalogarse, quien confiesa haber procedido en forma tan indecorosa y tan ruin, con quien caballero era y continúa siéndolo y como caballero se portó con él? ¿Puede apellidarse defensor de la clase quien como Santiago Torres la ofende hoy, si quiera sea por despecho, desde las columnas de un periódico de su propiedad, al calificar de *carcajada nacional* el gallardo gesto que la clase tuvo al felicitarle y ofrecerme su incondicional adhesión en centenares de cartas y telegramas, por mi actitud al salir en defensa de nuestra dignidad colectiva, ultrajada por un torero en el sagrado recinto de la Enfermería de una plaza de toros? Que contesten al hipocondriaco director de *Reforma Médica* los compañeros de Albacete, que secundaron mi actitud, negándose a actuar la vez primera que, después del incidente toreó dicho matador en aquel ruedo; y los de Valladolid, y los aragoneses, y los andaluces, y los madrileños, y tantos otros, más nobles, más sinceros y... más médicos que el director de *Reforma*, cuyas cartas conservo y pongo a la disposición de este desgraciado compañero.

Pero, ¿qué digo?, ¿compañero?! ¿De quién? ¿De esos a quienes ahora ofende y siempre explota, con la hipocresía, falsedad y doblez que ahora ha confesado tener? ¿Puede llamarse compañero de los médicos quien hace estas confesiones? ¿De qué médicos? Si acaso, de los poquísimos e infortunados que sean capaces de proceder como él. De los restantes no. Y si nó, que contesten los médicos, los verdaderos médicos, aquellos que me felicitaron. Aquellos no se *carcajearon* como Santiago Torres. ¿Verdad compañeros que vuestra felicitación no fué como ahora confiesa que fué la suya el Director de *Reforma Médica*? ¡Que había de ser! Vosotros fuisteis nobles, fuisteis sinceros, dijisteis lo que sentíais, como puede comprobar quien lea vuestras cartas. Reaccionásteis como médicos al conocer la ofensa inferida a la colectividad. D. Santiago no, él reaccionó, según de sus actuales confesiones se desprende, como... un explotador de nuestra clase. Ahora que él mismo se ha descubierto, no lamento, ni muchísimo menos, la pérdida de esa amistad que parece ser me retira. Para lo que servía...

Lo que casi me atrevo a decir que lamento es, haber guardado agradecimiento a quien ahora confiesa, a estímulos de un acceso de soberbia, haber procedido en la forma hipócrita que procedió el desgraciado Don Santiago, que desgraciado es y compasión merece, quien tal fondo moral ha descubierto.

Y vamos a comentar el tercer comentario, pasando, como es natural, por encima de las necedades que contiene, con el fin de quedar colocados siempre cada uno en nuestro plano.

Aplaudí, es cierto, no felicité, la proposición de Santiago Torres, coincidente con la mía, de adoptar la representación distrital para la composición de las Asambleas, único medio a juicio mío, de anular el caciquismo que hoy impera. Pero esta opinión mía, coincidente con la de D. Santiago o quien sabe si aceptada por este, no es de ahora, es de fecha muy pasada ya, de aquella en que el director de *Reforma* creía, de acuerdo conmigo, que en la Asociación se ejercía el caciquismo, muy especialmente por su actual aliada «*La Voz Médica*». Repase la colección del periódico que dirige, verá como encuentra algún artículo mío concebido en estos términos, artículo de la época en que yo escribía en *La Reforma*, muy anterior por lo tanto, a la Asamblea de Zaragoza.

Mientras D. Santiago no fue cacique de la Asociación, tronaba contra el caciquismo, y se aliaba con los que protestábamos del que se ejercía y se ha venido ejerciendo. Después, cuando lo fué, tronaba contra quienes seguíamos protestando de su existencia. Hoy, que no le dejan serlo ni aún aliándose con su ex-rival, no sabe contra quien tronar, y esta es la razón de sus disparates, contradicciones y accesos de acometividad que padece.

Y cónstele a D. Santiago que las columnas de EL HURACAN SANITARIO, están a la disposición de cuantos quieran exponer en ellas las verdades que conozcan; pero verdades nada más, molesten al Dr. Palanca o molesten al Director de *Reforma Médica*, del mismo modo que están para descubrir farsantes, embusteros, embaucadores, hipócritas, explotadores de la clase, arribistas, holgazanes, vividores, etc., según reza en su portada, con cuyo ofrecimiento será consecuente durante todo el tiempo que le reste de vida.